

Me opuse á tal inhumanidad, pero me opuse en vano, porque unos instantes despues no habia en el barco un negro ni una negra..... Negras sí habia; pero eran sólo nuestras almas, que debian serlo como un tizon cuando no se compadecieron de los gritos y súplicas de aquellos desdichados al ser arrojados al mar.

Mari-Santa se deshacia en lágrimas al oír á Chómin.

—¿No decia yo, continuó éste, que V., señora ama, iba á pasar un rato de mil demonios oyéndome? Pues por no afligirla á V. más, callo cosas muy horribles, como la locura repentina de la pobre madre de un negrillo.....

—¡Chómin, por Dios calle V. esos horrores, que harto se adivinan!

—Los callaré, señora ama, y sólo diré que sacrificando la vida de unos cuantos centenares de criaturas de Dios, nos salvamos nosotros, pues el *La Virgen*..... digo mi bergantín, así que se le alivió la carga, voló como una saeta por aquellos mares, dejando, como se suele decir, con un palmo de narices á los ingleses, cuya ponderada humanidad casi siempre cuesta á la humanidad cara, como sucedió entónces.

Volví desesperado á la Habana, y apenas llegué nos llevaron á la cárcel á mí y á la tripulación, y embargaron el bergantín, todo por sospechas de la verdad. Al cabo de seis meses de encierro nos pusieron en libertad, y me devolvieron el barco. Esto es decir que gané el pleito; pero me cayó la maldición de aquel gitano, que decia : «Pleitos tengas y los ganes.»

Encontré flete para Bilbao, pero como ántes de partir nos habíamos comido y gastado con exceso su importe,

partí sabiendo que cuando con más felicidad volviese á ver la cumbre del Sarántes, habia de ser trayendo, al cabo de dos años de ausencia, la cabeza llena de canas, el corazón lleno de amargura, y la herencia de nuestros padres reducida al casco del buque.

—¿Y volvió V. sin nuevos contratiempos?

—La mar, que tan irritada se habia mostrado al verme partir, se mostró un poco más benigna al verme volver, y al cabo me convencí de que entre tanto como habia perdido, no habia perdido el corazón, cuando al divisar el Sarántes allá á lo lejos, entre la neblina del Este, me eché á llorar y caí de rodillas en la cubierta del buque, mezclando el nombre de la Virgen con el de Soledad!

—¿Y de la pobre Soledad qué habia sido?

—¡Ay, señora ama, si en mi historia hay lágrimas amargas como la ruda, en la de Soledad las hay amargas como la hiel!

## XX.

## HOGAR DESIERTO.

—El *La Virgen nos valga*... Señora ama, perdone V...

—No importa que le llame V. ya así, que me parece haber purificado sus manchas las lágrimas que usted derramó en su cubierta al descubrir la cima del Sarántes.

—El *La Virgen nos valga* entró en el abra, pasó la barra y siguió ría arriba al fondeadero de Olabeaga. Mién-

tras el barco tomaba la ría, yo, en el bote, atracaba á las rocas de Santurce, porque tan turbado me hallaba que ni reparé en las olas que allí se estrellan casi perpétuamente, ni me cuidé de buscar la embocadura de la dársena: lo único que yo veía era la casa donde dejé á Soledad, que estaba al Oeste entre las últimas del pueblo. Salté, amarré el bote casi maquinalmente á la roca, y me encaminé á casa. Algunos vecinos encontré en el camino, los conocí perfectamente, los saludé al paso y me saludaron sin conocerme, ó cuando más como diciendo: «Me parece haber visto á este hombre, pero no recuerdo dónde ni cuándo.»

¡Ay, señora ama, V. y estos señores felizmente no saben por propia experiencia lo que padece uno cuando ha estado años enteros léjos de su familia sin saber nada de ella, y llega á la puerta de su casa preguntándose con terror si vivirán ya allí gentes extrañas y las propias estarán ya en el camposanto, y sube temblando las escaleras sin que el perro haya salido á su encuentro y suba haciéndole fiestas, ni en lo alto de la escalera asome y le sonríe una cara feliz y amorosa, y siente tentaciones de volverse atrás porque la miseria y la tristeza que allí va descubriendo no se parecen en nada al bienestar y la alegría que dejó, y al fin oye llorar á un niño con el desfallecimiento de la criatura de Dios enfermiza y hambrienta, y una voz doliente y débil que no conoce, le pregunta quién sube, y ve que sale á su encuentro una mujer cubierta de harapos y ya casi vieja, trayendo en los brazos un niño cubierto de harapos también y casi sin fuerzas para llorar, y, por último, se abraza, llorando

áun más que ellos, con aquella mujer y aquel niño que son su mujer y su hijo!.....

—Sí, pobre Chómin, comprendemos el dolor de todo eso, aunque Dios nos haya preservado de él, contestó Mari-Santa áun más conmovida que todos nosotros, que lo estábamos mucho.

—Cuando me separé de Soledad, ó mejor dicho de Soledad y mi hijo que ya empezaba á dar señales de vida en el vientre de su madre, fuí tan ciego de entendimiento, que pensaba estar de vuelta lo más tarde dentro de tres ó cuatro meses, y fuí tan perverso de corazón que ni siquiera me pasó por el pensamiento la idea de que podía volver más tarde ó no volver nunca, y condenar á la miseria y la desesperación y la muerte á mi mujer y mi hijo, llevándome conmigo casi todo lo que poseíamos, pues á Soledad no le quedaban recursos más que para algunos meses.

¡No quiero afligir más á Vds. contándoles lo que Soledad había padecido en mi ausencia de dos años! Péru y su mujer querían que fuese á vivir con ellos en Baracaldo, pero no encontraron medio de arrancarla de la orilla del mar, porque, como si el juicio se le hubiese trastornado, quería estar siempre allí, esperándose, creyendo cada día ó cada noche que el día ó la noche siguiente me había de ver volver. Si ella y su hijo no habían muerto de hambre y abandono, á Péru y su mujer se debía, pues aunque eran pobres habían partido con mi mujer y mi hijo su pobreza.

Malvendí el *La Virgen nos valga*, cuyo antiguo nombre de *Poco es mucho* me iba ya pareciendo bueno, por-

que equivalia al refran que dice: « El que mucho abarca, poco aprieta », y cuyo nombre moderno iba ya pareciendo malo, porque la Virgen sólo vale y debe valer al que lo merece, y con este recurso pagué las deudas que aún dejaba en la Habana, atendí un poco á mi casa y á mi mujer y mi hijo, y vivimos con algun sosiego de alma y de cuerpo algun tiempo, en que la familia se aumentó con una niña.

Yo no servia como mi hermano para manejar la laya y la azada, porque con mis aficiones á la mar y mis sueños y esperanzas de encontrar por aquel camino el oro y el moro, habia llegado á mozo casi como un señorito, pues para lo único que habia mostrado y mostraba un poco de correa y habilidad, era para hacer que hacemos en las huertas y jardines, como hago ahora en Gorostiza, donde si nada me falta, no es porque yo lo merezca, sino porque la bondad de mis amos merece una corona de gloria.....

—¡ Quiere V. callar, Chómin! replicó Mari-Santa al viejo con toda la severidad que en ella cabia, y el viejo continuó:

—Hombre más incorregible que yo no ha nacido de madre, y prueba de ello es que poco á poco fueron resucitando mis amores á la mar y mis esperanzas de alcanzar de aquella fiera, si no la realizacion de aquel magnífico sueño que tuve sentado con mi mujer en las ruinas de Campánzar, á lo ménos una vejez tranquila y desahogada en medio de mi mujer y mis hijos.

La necesidad, con su cara de hereje, llamaba cada vez con más frecuencia á nuestra puerta, y me determiné á

contratarme de segundo en un buque mercante contra la opinion de mi mujer y aún la de mis hijos, que aunque los pobres casi no tenian aún uso de razón, hacian de ella mejor uso que yo, pues viendo llorar á su madre por que yo volvia á abandonar el rinconcillo de la casa y la aldea, lloraban y me suplicaban que no abandonase aquel rinconcillo.

Yendo y viniendo por esos mares del diablo, pues me repugna llamar de Dios á traidores, pasé muchos años y me vi mil veces á punto de ser devorado por la fiera.

Siempre estaba yo ansiando volver, y siempre que volvia pensaba morirme de pena al salir á mi encuentro Soledad, que con mi ausencia y mi peligro de no volver, envejecia y se acababa más en un dia que yo en un año, aunque ni á ella ni á sus hijos les faltase pan ni abrigo.

Navegábamos una mañana por el mar de las Indias, de vuelta de Filipinas, cuando mucho ántes de doblar el Cabo se alborotó la fiera, y despues de luchar con ella desesperadamente todo el dia, al cerrar la noche fué arrojado el buque contra unas rocas, donde se hizo pedazos, y por milagro de Dios no me hice yo tambien como casi todos mis compañeros.

Perdí el sentido con el trueno gordo, y cuando volví en mí, me encontré tendido sobre las rocas de un islote que la luz de la luna me permitió examinar, y me pareció enteramente desierto.

No habia hueso que me quisiera bien, pero aún así hice un esfuerzo para levantarme, lo conseguí, subí con mucho trabajo á una roca que dominaba la mar y toda

aquella parte de la isla, y di voces llamando á mis compañeros.

Dos de ellos me respondieron con alegría, y no tardé en convencerme de que ellos y yo éramos los únicos que nos habíamos salvado. Así que amaneció recogimos algunos efectos del buque que flotaban á orilla de la mar, entre ellos algunos víveres, y en seguida nos dedicamos á recorrer la isla para averiguar lo que debíamos esperar de ella. Estaba, en efecto, desierta, aunque con señales de haber sido habitada, era bastante rica de vegetacion, habia en ella un buen manantial de agua y no faltaba allí la caza.

Construimos una choza bastante segura y cómoda para Robinsones, y nos preguntamos de qué habíamos de vivir en aquel desierto cuando se nos acabasen los pocos víveres que habíamos logrado salvar del naufragio. Felizmente, entre los efectos que habíamos recogido se contaban una escopeta y una lata de pólvora, que eran un gran tesoro en sitio donde abundaba la caza.

Como Dios nos dió á entender, pasamos allí más de un año, y al fin, uno de los muchos buques cuyo auxilio habíamos reclamado comprendió que en la isla habia hombres que le pedian auxilio, nos recogió y nos trajo á Cádiz, desde donde emprendí el camino por tierra, porque ya me causaba horror la mar.

Una noche oscura, oscura como mi alma, llegué á Santurce cuando no se sentia sér viviente en la calle ni en las casas, y me dirigí á la mia. Me paré á la puerta temblando de incertidumbre, y escuché con ansia. ¡Dentro, todo silencio; fuera, un perro que aullaba como si

barruntára muerto, y las olas del mar que parecian dar quejidos lastimeros!

Golpeé la puerta una y otra vez, y nadie me respondió. Al fin se abrió una ventana de la casa de enfrente, donde vivia una familia que habia venido al pueblo despues de salir yo la última vez, y una mujer me dijo:

— Ahí no vive nadie.

— ¿Pues dónde están los que aquí vivian?

— El marido en la tripa de los peces, la mujer y la hija en el camposanto, y el hijo en Baracaldo con sus tíos.

Al oír esto, señora ama, caí al suelo casi sin sentido, y allí me estuve llorando no sé cuánto tiempo. ¿Adónde voy ahora? me pregunté con dolor más grande que el que puede uno sentir cuando un tiburón le arranca una pierna. Estuve por contestarme: á morir despedazado entre esas rocas, donde la mar da rabiosos alaridos; pero me horroricé en seguida, pensando que á Júdas se le abomina entre los condenados y á Job se le reverencia entre los santos, y tomé la subida de Cabieces.

Dos lucecitas como dos mariposas de oro que volaban en la oscuridad, llamaron mi atencion á la derecha del camino, y entónces recordé que allí estaba el camposanto, y entónces creí, con tanta fe como creemos en Dios, que aquellas lucecitas eran las almas de mi mujer y mi hija, que se alegraban y me festejaban viéndome tomar el camino de la resignacion en vez de tomar el camino de la desesperacion.

Entré en el camposanto, me arrodillé, lloré, recé, dije mil tiernas tonterías á las dos lucecitas que seguian re-

voloteando delante de mí, y luégo continué la cuesta casi completamente consolado y tranquilo.

En aquella *soledad* de Baracaldo, donde fuí recibido con los brazos abiertos, encontré á mi pobre hijo hermoso, bueno, humilde, trabajador, y soñando, no con lo que á su edad soñaba su padre, sino con lo que á su edad soñaba su tío, y allí supe cómo habia muerto su pobre madre...

— ¿Cómo habia muerto?

— ¡Loca, señora ama, andando de dia y de noche desde el camposanto, donde hacia algunos meses que dormia su niña, enfermiza desde que nació, porque habia mamado leche envenenada por el dolor, hasta la orilla del mar, donde gritaba y daba saltos de alegría cuando veía que un barco tomaba rumbo hácia el abra, y caía al suelo llorando sin consuelo cuando veía que el barco continuaba ría arriba sin que se destacára de él un bote con rumbo á Santurce!

En Baracaldo descansé, me consolé un poco, y áun trabajé de modo que nadie hubiera dicho al verme que toda la vida habia sido un holgazan visionario, hasta que Dios llevó por allí al señor amo á caza de *chimbos*, y viéndome trabajar en la huerta y el jardin del indiano, me propuso, en buena hora para mí, que me viniera con él á Gorostiza, y me vine despues de decirle á mi hijo, haciendo lo que el diablo que se metió á fraile despues de harto de carne:

— ¡Hijo, escarmienta en cabeza de tu padre! Pase que hagas las locuras ó tonterías que se te metan en la cabeza; pero carga tú solo con sus consecuencias, y no

quieras que carguen una pobre mujer y unos inocentes niños que no tienen la culpa de que tú seas loco ó tonto. Hay un cantar que dice, y dice la verdad:

«Por más que la esperanza  
mucho aproveche,  
mucho más aprovechan  
tortas y leche.»

Leandro, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas, como los de su madre, al terminar Chómin su historia me miró con expresion de gratitud tan honda y pura, que sentí ánsia de darle un apretado abrazo.

## XXI.

### LA ENCINA DE LA SALVE.

El otoño suele prolongarse en Vizcaya, y particularmente en las marismas, hasta fin de año, con suave temperatura y cielo que recobra su serenidad así que pasan las lluvias equinocciales ó el cordonazo de San Francisco, como dicen los marinos, gente que, con razon, se sabe de memoria el santoral, por la razon que encontramos en la canta que dice:

«El que no sepa rezar  
que vaya por esos mares,  
y verá qué pronto aprende  
sin enseñárselo nadie.»

Cuando allí comienza verdaderamente el invierno es cuando comienza el año, en que sobrevienen las tempestades, las granizadas, las lluvias y los frios, y áun así